Balada de las Islas Aran

▶ Continuación

En las Islas Aran el ayer y el hoy se entrelazan... Entre asnos, tractores (con remolque para visitantes), coches jalados por ponis, bicicletas, motocicletas y minibuses (hace 39 años conocieron el automóvil); sacos tejidos a mano y a máquina; bluyines y chales y cinturones coloridos, faldas azul marino o rojas; palabras en irlandés y en inglés; ruinas prehistóricas con piedras superpuestas -sin mortero, sin pegantes- o viejas casas con techo de paja (muy escasas) y viviendas de concreto; lluvia menudita de tres días -con sus noches- y sequía; jóvenes que las abandonan para buscar otras opciones, y gente que llega a estudiar irlandés, geología y flora.

Foto MARGARITA RESTREPO SANTA MARIA

Y salen cantos estridentes de los pájaros, entre cuevas de los acantilados de Inishmore, al pie del fuerte Dún Aengus.

Del libro ISLAND STONE, EDITADO POR O'BRIEN

Islas Aran. Tierra de pescadores, en donde se combinan el calor de lo elemental y la tradición oral, con misterio y magia.

CAMISETA NUPCIAL

Pasado y presente están ahí, en ese archipiélago del noroccidente de Irlanda...

En los fuertes -muros de piedras superpuestas, con diseños semicirculares y ovales-: Dún Aengus, Dún Chonchubhair, Dún Duchatair, Dún Aengusedio.... De origen y uso desconocidos. Sin señas de empleo de agua cercana. Pudieron ser símbolo de riqueza o poder o empleadas como refugio en ataques.

En las miniparcelas con cultivos ínfimos (papa, repollo), separadas por bayados y robadas al suelo de roca, gracias a un procedimiento que incluye capas de algas, arena, tierra, granos y agua.

En los suéteres o *camisetas nupciales* (de tono crudo o azul oscuro) que cuentan historias en puntadas -cambian según la familia, el distrito-; son sacos que las mujeres tejen a sus elegidos, que los novios pueden lucir el día del matrimonio y que -por lo particular de sus especificaciones- han servido para identificar náufragos.

SIN LLAVE

Islas Aran. Pescadores. Puertas sin llave, bicicletas recostadas a la orilla de un sendero (con o sin candado de igual; se respeta la propiedad ajena). Una liebre, una cabra u oveja, un pato, un abejorro, una alondra. Comunicación oral. Caminantes. Pequeñas vallas de piezas de familia para alquilar (Bead & Breakfast; opción laboral para las damas). Areas solitarias. Ruinas de iglesia, castillo, fuerte. Carpas de turistas. Baladas con historias de amor, pesares, emigrantes. Una virgen en el camino. Celebración por la llegada del verano. Cristos y cruces celtas. Cielo y océano a la jura. Ruido de cuervos marinos -y de su eco- por los acantilados.

Islas Arann. Arboles pigmeos -especies de enncinas, avellanos-. Viento. Alguna flor en un pantano o por las fisura de una roca. Hinojo marino, genciana. Paz apabullante. *Curraghs* o canoas de pescadores negras, de uso milenario. Dunas de arenas. Más piedras. Algas. Bacalao, arenque, caballa. Céilís o fiestas tradicionales con música (acordeón, flauta, violín, silbato, gaita, jácara), cerveza de barril y whisky y *poteen* (licor clandestino) y relatos.

Islas Aran. Sastre viajero. Banco-barco que va una vez por semana (para las transacciones), en la más grande: 900 habitantes, 1.300 bicicletas para alquilar, un colegio, un policía y dos sargentos, un médico y una enfermera, un supermercado, un club de jóvenes -en la isla más grande-.

BALA DE GIGANTE

Por allá, en el noroccidente de Irlanda... Cuentan que un monstruo marino vive en la piscina natural de Poll Na bPeist (en Inishmore) y que, de cuando en cuando, aparece en el cielo un espejismo que llaman Tir na nOg o High Brasil. Dicen que en estas islas se localizaron el Jardín del Edén y el País de la Eterna Juventud; y que las bolas de granito que se encuentran, en algunas partes del terreno, son balas lanzadas por gigantes furiosos desde Connemara (otra región de Irlanda). Y aseguran que, si el Día de Inocentes cae lunes, todos los lunes de año traerán mala suerte, cosechar, enterrar o sembrar o casarse.

Cuentan y cuentan y cuentan... Y el reloj se para.

Foto LE FIGARO

Puede tener alrededor de 2 mil años. Cerca de un antiguo faro. Es Dún Eochla (al fondo), uno de los cuatro fuertes, de origen y uso desconocidos, que se encuentran en Inishmore.

Fuentes de consulta
Libros: Field and Shore, Island Stories y A World of Stone, de Editorial O'Brien. Conversación con gente de las Islas. Revista Le Figaro. Folletos de Failers.

Foto MARGARITA RESTREPO SANTA MARIA

En Inisheer. La piedra en todas sus versiones -ruina de iglesia, cruz celtas, lápida-. Entre la lluvia y la sequía. El aislamiento del mal tiempo y la estación de turistas -de mayo a septiembre-.

Los hijos de la mujer muerta

Su esposa murió en un parto, al año de casados. El consiguió, entonces, una mujer de edad para que cuidara del recién nacido. Pasaron dos meses y una noche de tormenta, al regresar del trabajo, tomó a su hijo, en los brazos, cerca de la chimenea, y comentó a ésta: lo estás haciendo bien; mi huerfanito se está fortaleciendo; Dios le dé larga vida. Y la mujer le respondió: Usted no sabe lo que yo sé. Todas las noches, la mamá del niño viene a la casa; entra a la cocina, prepara papas en agua, toma leche, calienta sus manos en la chimenea, va, besa y carga al niño, y lo amamanta; lo lava, lo viste, lo pone, de nuevo, en la cuna, lo besa; camina, recorre con la mirada la pieza donde usted duerme, lanza un suspiro y sale.

El viudo no lo pensó dos veces; la siguiente noche no dejaría ir a su mujer muerta. Montó guardia. La tos de la niñera le avisaría la presencia. Llegado el momento, la vio, pero fue incapaz de retenerla. En la mañana, fue a casa de los suegros; sus tres cuñados le escucharon el cuento y decidieron hacer el intento. Probó el mayor, y nada; el segundo, también fue incapaz; el menor se llenó de valor y... la atajó antes de que abriera la puerta. Ella luchaba por irse; déjame, moriré si no regreso a tiempo -los otros hermanos y el viudo acudieron a ayudarle- hasta que la vencieron. A la mañana siguiente fueron por un sacerdote que le rezó un buen rato. Ella se reincorporó, recuperó el habla y comentó que, la de esa noche, era su última visita a su hijo, porque las hadas con quienes estaba partían para Irlanda del Norte. Esa noche ella le había dado tres besos de adiós al pequeño.

Finalmente, ella se quedó con su esposo e hijo. La vida seguiría común y corriente, excepto cierta expresión salvaje en sus ojos que le duró hasta "volver" a morir... Y nueve hijos más que le dio a su marido y que fueron llamados "los hijos de la mujer muerta".

Esta es una de las tantas historias que narraba un sencha o especie de cuentero anciano muy propio de las Islas Aran y las zonas rurales del occidente irlandés y que con la vida moderna han ido desapareciendo. Un relato que recuerda en sus escritos Seán O'Sullivan. De uno de esos senchaí que unen capacidad de expresión y memoria del folclor y que junto a una chimenea, en cualquier casa de la comunidad empezaba a hablar, con voz musical, pausadamente, sin muchos movimientos del cuerpo, movilizando su mirada entre escuchas, suelo y fuego y que se enfrascaba en relatos que hacían olvidar espacio y tiempo.